

normas, otras tesis y otros argumentos para encontrar la solución más adecuada.

Los voluntaristas, en cambio, consideran que las leyes derivadas de un consenso forman parte de la ley religiosa, y que las demás reglas tienen solamente una autoridad relativa. Hacia fines de la época abasida, al declinar el esfuerzo doctrinal, los discípulos, a menudo más voluntaristas que sus maestros, se interesaban solamente en textos escritos, practicaban el método exegético y se limitaban a exponer y comentar, casi religiosamente, las ideas de sus predecesores.

CONCLUSIÓN

Esta tensión, este antagonismo —recalca el autor— entre dos visiones diferentes del mundo existe siempre en el islam contemporáneo. La adopción, por varios países musulmanes, de los principios del derecho occidental no ha puesto fin a la enconada contienda. Los integristas persisten en su lucha sin tregua contra los modernistas, quienes no aceptan de abandonar su tesis sobre la posibilidad de una participación temporal e histórico del hombre en el conocimiento divino.

Monique LIONS

VARIOS

BAUDOIN, Jean, "L'échec communiste de juin 1981: recul électoral ou crise hégémonique?", *Pouvoirs*, París, núm. 20, 1982, pp. 45-54.

En Francia, los resultados de las elecciones legislativas de los 14 y 21 de junio de 1981 han puesto de manifiesto el retroceso importante del Partido Comunista Francés (PCF), entre otros fenómenos notables. En la actualidad, el PCF se encuentra en el punto más bajo de su barómetro electoral desde 1936. En efecto, ha perdido la mitad de sus efectivos a la Asamblea nacional: de 86 diputados, bajan a 43 —lo que representa solamente el 13.21% de la izquierda, y tan sólo el 9% del total de los parlamentarios. Es con razón que los dirigentes comunistas pudieron pensar que, en el espacio de dos escrutinios, fue anulado el esfuerzo de dos generaciones militantes para asegurar la hegemonía de su Partido en la izquierda francesa.

¿Se trata de un retroceso temporario, coyuntural, y, en consecuencia, remediable a plazo?, ¿o bien de un decaimiento estructural, vinculado con la lenta desagregación de los monopolios y privilegios que aseguraban al PCF una sólida posición en el seno de la sociedad francesa?

Antes de examinar los procesos políticos que han desembocado en esta situación y de señalar los remedios que se proponen aplicar los dirigentes comunistas, el autor analiza el concepto de "fracaso electoral".

I. LA PROBLEMÁTICA DEL "FRACASO"

Nadie discute el retroceso comunista de 1981. Ni los comentaristas de la vida política, ni la dirección del PCF que reconoce el "severo fracaso" sufrido e intenta establecer sus causas inmediatas y remotas. De las dos interpretaciones posibles, retroceso coyuntural o decaimiento estructural, ¿cuál es la correcta?

1. *El retroceso coyuntural.* Como era natural, los dirigentes comunistas han optado por la hipótesis del retroceso temporario, fenómeno que explican con tres argumentos.

El primero es de orden institucional. La presidencialización marcada del régimen político establecido por la Constitución de 1958, acentuada por la dinámica bipolarizante del escrutinio mayoritario de dos vueltas, ha privilegiado en extremo el Partido Socialista a la vez que penalizaba el PCF. En consecuencia, el retroceso del sufragio comunista debe analizarse como el fruto de una "tecnología" electoral fundamentalmente viciada, y no como el rechazo tajante de una línea política.

El segundo argumento invoca la demonología más que la racionalidad: el PCF ha sido víctima de un "clima de guerra ideológica sin merced", hábilmente orquestado por las fuerzas dominantes, difundido masivamente por los grandes *media*, y discretamente caucionado por los dirigentes socialistas. Así es como la marejada del anticomunismo ha desviado del Partido millares de electores potenciales.

El tercer argumento apela directamente a la historia del comunismo francés: el PCF está pagando el "retraso estratégico" que empezó a acumularse al día siguiente del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Concretamente, los dirigentes actuales censuran con severidad la actitud errónea y peligrosa de sus predecesores, quienes, desde principios de 1956, han deseado y buscado "un acuerdo político fundamental y global con el Partido Socialista".

2. *El decaimiento estructural.* Al parecer —apunta el autor—, el retroceso electoral de 1981 sanciona de manera espectacular un proceso bastante interior, cuya intensidad no se revelaba claramente en la época

de la elaboración del Programa Común de la Izquierda (1972). En realidad, se trataba de la transición progresiva del comunismo francés de una "época orgánica", caracterizada por la institucionalización de varios privilegios en el seno de la sociedad francesa (principalmente el casi monopolio de representación de las clases más desfavorecidas), a una "época crítica" que, precisamente, iba a caracterizarse por una lenta desagregación de dichos privilegios. En suma, la institución comunista, "contrasociedad" poderosa y estable, tiende a convertirse en sociedad periférica y marginal.

II. LOS PROCESOS ESTRATÉGICOS: LA TRAYECTORIA DE LA CRISIS

Entre 1965 y 1981, la estrategia comunista en Francia se ha caracterizado por prácticas unitarias "a la cumbre" y "a la base", que, ambas, han conducido al fracaso —si bien constituyen un "doblete" tradicional de la historia del PCF: desde el origen, revela una alternancia de periodos de "apertura" en dirección de los socialistas y de periodos de "repliegue" en los que se denuncia con vehemencia las traiciones socialdemócratas.

Desde 1964-1965, la búsqueda de una dinámica unitaria tendía principalmente a asegurar al PCF la hegemonía política y electoral de la alianza celebrada con el Partido socialista, para llegar al poder en las condiciones más favorables. El PCF contemplaba un reparto durable del poder entre los comunistas y los socialistas, con el fin de "ir hacia el socialismo". Así es como, a partir de 1972 y a consecuencia del Programa Común, los comunistas se fijaron dos imperativos. Por una parte, un imperativo sociológico tendente a extender la influencia del partido a nuevas clases y grupos de asalariados; por otra parte, un imperativo político tendente a delinear el contenido de un "socialismo con los colores de Francia" y a modificar su verdadera identidad en varios puntos importantes: de hecho, los dirigentes comunistas renunciaron a algunas de sus posiciones más tradicionales (vínculos menos estrechos con Moscú, abandono del concepto de dictadura del proletariado, aceptación de un socialismo pluralista, y reaparición de la discusión en el seno del partido, principalmente).

Por desgracia, esta serie de concesiones por parte del PCF coincidieron en el tiempo con una espectacular resurrección del Partido Socialista; de tal suerte que la unión de la izquierda resultó muy benéfica para el reformismo moderno y sincero de los socialistas, y de poco provecho para el reformismo ficticio y ambiguo de los comunistas. Durante cinco años, multiplicáronse tensiones y rivalidades que debían concluir

en un fracaso y llevar a la ruidosa ruptura de septiembre de 1977. Al PCF solamente le quedaba reanudar con su estrategia de aislamiento, decretar la movilización general y sostener sin descanso una guerra ofensiva y punitiva contra el enemigo socialista, fundamentalmente acusado de "viraje a la derecha". En efecto, se trataba no solamente de reconstruir la unidad del partido sobre las bases clásicas, sino también de cerrar el paso al "socialismo humanista" de François Mitterrand, frenar su renacimiento y combatirlo a muerte.

Pero aquí también la estrategia comunista ha fracasado. Las consecuencias "perversas" de la unión de la izquierda han salido a plena luz con las elecciones presidenciales y legislativas de 1981: no solamente el PCF ha sufrido un retroceso sin precedente, sino que una socialdemocracia, conquistadora e irresistible, ha llegado triunfalmente al poder, tanto al *Elysée* como al *Palais Bourbon* (tanto a la presidencia de la República como a la Asamblea nacional).

En realidad, hasta 1981, el fracaso rotundo de la estrategia de la unión de la izquierda y de las tácticas de réplica se debe principalmente a la permanencia en el seno del PCF de sistemas de pensamiento, de organización y de acción heredados del periodo staliniano.

III. LA LÍNEA DE DEFENSA DEL PCF

Pese a la experiencia frustrada de la alianza de 1972-1977, los dirigentes comunistas no han vacilado en firmar, el 23 de junio de 1981, el llamado "Acuerdo Político de Gobierno" propuesto por los responsables del Partido Socialista, y que sanciona la participación —bastante simbólica— de cuatro ministros comunistas en el gobierno de Pierre Mauroy. En estas condiciones, de ahora en adelante, la competición entre el PS y el PCF va a desarrollarse en un sector específico: el control político e ideológico de la clase obrera.

En efecto, para consolidar su vocación de partido dominante, el PS tiene que asegurarse el control mayoritario de la clase obrera, al reducir de manera significativa la influencia que ejerce el PCF en esta esfera. No cabe duda de que los dirigentes comunistas tienen plena conciencia del peligro mayor que va subiendo a su horizonte. ¿Cuáles contrafuegos van a desplegar?

El objetivo fundamental del PCF es el de preservar a toda costa su implantación popular, es decir —subraya el autor— su "función tribuni- cia": se trata de salvaguardar la imagen tradicional del Partido, el único partido que defiende los intereses de los obreros y el único vocero de los

desfavorecidos y los marginados —fin primordial que va a permitirnos ordenar los movimientos, a veces discordantes, de la estrategia comunista.

En primer lugar, esta estrategia aclara en cierta forma la aparente contradicción de la decisión comunista de participar en el poder, aunque no es susceptible de controlar su orientación. En realidad, el participar, aun simbólicamente, en el poder de Estado era el único medio de que disponía el PCF para conjurar el "peligro mortal" de que la opinión obrera identificara la socialdemocracia reformista como el único autor del Estado socialista y del cambio: al menos, la presencia de cuatro ministros comunistas acredita la idea de que el Partido también participa en la tarea de renovación social.

En segundo lugar, la estrategia comunista explica la sutil dialéctica que rige las relaciones del PCF con el poder de Estado. A nivel gubernamental y parlamentario, el Partido manifiesta una gran lealtad y se declara solidario de lo realizado, pero guarda silencio ante las medidas que no concuerdan con su programa o están en contradicción con el mismo. A nivel táctico y propagandista, en cambio, el PCF aplica una política que consiste en subrayar, discreta pero firmemente, las temporizaciones de los socialistas, y en designar las direcciones que seguir para progresar en la construcción del socialismo; por ejemplo, las medidas gubernamentales en materia de impuesto sobre la fortuna y de financiamiento de la Seguridad Social han sido objeto de "comentarios desfavorables" de parte de los responsables comunistas. A nivel sindical, la Confederación General del Trabajo (CGT) no vacila en encabezar numerosas luchas ni en radicalizar muchas reivindicaciones, pues estima que la presencia de un gobierno socialista no implica en nada que renuncie a su actividad esencial. En suma, la rígida disciplina que se imponen los comunistas a nivel ministerial no impide de ninguna manera que aprovechen todas las oportunidades para constituirse en defensores naturales del pobre y del oprimido.

En tercer lugar, la estrategia comunista contribuye a reforzar la consolidación interna del PCF, después del trauma electoral de junio. La dirección actual del Partido ha consagrado nuevamente la tradición "organicista", heredada de la época de Maurice Thorez (1900-1964, secretario general del PCF de 1930 a 1964), según la que la unidad sin falla de todas las instituciones del Partido con sus sectores dirigentes constituye no solamente la llave de los desarrollos futuros, sino también la condición del resurgimiento político. De ahí que la dirección del Partido se ha esforzado en aislar y marginalizar los elementos de oposición de las diferentes estructuras de la CGT, a fin de que la gran central obrera siga funcionando como la correa de transmisión por excelencia

entre el Partido y los trabajadores. En fin, los responsables del Partido han resuelto reactivar la presencia del mismo en el movimiento sindical y asociativo.

Monique LIONS

CAMP, Roderick A., "Tecnocracia, representación y crítica: México en los próximos seis años", *Perspectivas del Sistema Político Mexicano*, México, 1982, pp. 61-65.

El autor, miembro del Colegio Central de Pella en el Estado de Iowa, comienza su artículo admitiendo el carácter especulativo del mismo. El eje central de su reflexión se sitúa en la estabilidad del sistema político mexicano. Por otro lado, la variable determinante para reformular su estudio, es la crisis económica por la que atraviesa el país y que de alguna manera condiciona la capacidad de acción y maniobra del propio sistema. En palabras de Roderik la situación económica y financiera del México puede obligar al gobierno a tomar decisiones "políticas que normalmente no haría (tomaría) restringiendo el aspecto de las posibilidades que están a mano de los que toman las decisiones...".

Tres serán entonces los principales rubros que considera el autor como fundamentales para entender la modificación en la actitud y capacidad del sistema. El primero se dirige al liderazgo político; el segundo apunta a las reformas electorales y sus consecuencias en el largo plazo, y el tercero, al papel de la crítica intelectual y de la comunicación en el quehacer nacional. El primer rubro tiene como característica predominante el arribo al poder de un nuevo tipo de protagonista político calificado, socialmente, como técnico. El técnico a diferencia del político tradicional de México, tiene una formación profesional de mayor amplitud que frecuentemente incluye estudios de posgrado en el exterior. El técnico, a diferencia de los cuadros tradicionales, carece de una experiencia política en el propio sistema como lo puede ser el cruzar por puestos de elección popular. Para Roderik lo verdaderamente significativo de este cambio no es el hecho del desplazamiento concreto de los cuadros, ni tampoco la frecuente ineptitud en la aplicación concreta de ciertas medidas técnicas; para el autor lo que puede dañar el largo plazo es la imposibilidad de generar una respuesta propia a los problemas nacionales. Para Roderik "la capacitación o especialización extranjera, a la vez que amplía una perspectiva individual, puede inhibir la creatividad natural".

El segundo rubro planteado por el autor corresponde a los mecanismos electorales de reciente implantación que llevaron al Legislativo, o pueden llevar al Legislativo y en general al sistema, a una situación crítica en la cual la oposición, por una radicalización del electorado, impida cualquier conciliación de centro. Aquí el autor pareciera caer en una contradicción pues afirma que la introducción en el Legislativo de los partidos de oposición fue el resultado de un "subsidio" del sistema político mexicano hacia los partidos minoritarios, planteamiento que pierde de vista los elementos reales de poder manejados por la oposición. En segundo lugar la radicalización discursiva como producto de la crisis no necesariamente lleva aparejada una radicalización del electorado. La hipótesis del autor, en el sentido de que en el corto plazo la presencia de la oposición legítima pero que la tendencia se revierte o puede revertirse en el largo plazo, pareciera sustentarse muy débilmente.

El tercer rubro planteado como fundamental por el autor resulta de gran interés. Roderik sostiene que uno de los conflictos políticos de mayor importancia para el sistema político mexicano en los próximos años es sin duda el de la comunicación. Dentro de este espacio el autor encierra desde la formación y discusión de los cuadros intelectuales hasta la posibilidad de difundir las discusiones con el fin de "canalizar" inquietudes sociales existentes. Roderik plantea la posibilidad de que la cancelación de vehículos de expresión no en la vía electoral, sino en los medios de comunicación, puede engendrar nuevo terrorismo en todas sus variables, desde el rumor hasta los actos violentos; "Los líderes mexicanos —dice Roderik— no pueden darse el lujo de la homogeneidad en puntos de vista políticos como medio para asegurar una mayor legitimidad".

Las conclusiones finales del trabajo de hecho se fundamentan en el último rubro analizado y se refieren a la participación política en general que tiene como uno de los primeros escalones a la comunicación social. Así, afirma el autor: "El pueblo mexicano no solamente debe ser el vehículo para expresar ideas, sino que también debe ser un aliado leal para legitimar y apoyar ideas meritorias."

Federico REYES HEROLES

CERRONI, Umberto, "La democracia como problema de la sociedad de masas" (primera parte), *Estudios Políticos*, México, núm. 2, abril-junio de 1983, pp. 54-64.

En esta primera parte de su artículo Cerroni básicamente realiza una crítica a las diferentes tesis manejadas para explicar el problema de la vida democrática en los países del capitalismo avanzado. Parte del supuesto de que, por desgracia, se vive un progresivo abandono de las grandes empresas teóricas que son sustituidas por un pragmatismo que resuelva problemas de los sistemas políticos concretos. Así, curiosamente, a la irrupción de las masas en la vida democrática a través del sufragio universal, ha correspondido una retracción de la teoría en el estudio de los grandes problemas de la democracia. Se da entonces una tecnificación de la democracia que decapita de fines a la vida política convirtiéndola en, aparentemente, un problema de instrumentalización de un sistema político determinado. Se busca un consenso sin objetivos.

Es por ello que Cerroni decide retomar a tres grandes pensadores que trabajaron la discusión de los objetivos y metas de la vida democrática para, desde ahí, recapitular sobre la evolución del quehacer democrático. Los estudios sobre democracia, según Cerroni, se encuentran *encallados* en tres grandes discusiones, a saber, el normativismo jurídico de Kelsen, la sociología weberiana y la tradición politológica de Mosca, Pareto y Michels. El primer gran debate a ser retomado, según el autor, es la vinculación entre sufragio universal, la soberanía y la política como un método político. Aquí el autor realiza un recorrido general por las tesis de Schumpeter para terminar cuestionando al lector sobre qué cosa se decide y no simplemente cómo se decide. La conclusión de este primer apartado de su artículo es que la política como quehacer ha arribado a una instancia de decisionismo vacío que pareciera erradicar la posibilidad de una filosofía pública.

Posteriormente Cerroni retoma a los autores que han intentado actualizar la discusión sobre la democracia, principalmente Niklaus Luhman, Jürgen Habermas y Klaus Offe. La crítica de Cerroni al análisis de Luhman se centra en el hecho de que este último autor, al descartar el estudio del poder como producto de las fuerzas sociales reales desde el punto de vista de la conformación social, produce un análisis formalista en el cual "la función específica del poder consistirá (ría) realmente en hacer funcional a la sociedad para el poder". El autor afirma en su crítica "ni Luhmann, ni Habermas llegan a explicar cómo un poder legítimo puede ser 'más interferente' sin reducir nuevamente el poder a la fuerza". Cerroni recupera aquí la posibilidad de un análisis que estudie el porqué de la toma de ciertas decisiones, es decir, la lógica subyacente a una determinada acción de poder.

Cerroni construye su artículo —sin quererlo probablemente— con una crítica, paralela a sus argumentos principales, contra el voluntarismo

en la ciencia política y contra cualquier tipo de formalismo jurídico que vacíe al estudio del poder de las razones históricas que constituyen una determinada lógica en la decisión. Para finalizar propone Cerroni recuperar el nivel analítico de la relación entre Estado y economía, que le permite realizar cuestionamientos cruciales para la sociedad capitalista contemporánea. Por ejemplo propone la discusión sobre cuáles son las características que ha adoptado el capital monopolista estatal en la sociedad actual y qué tipo de relaciones de poder le subyacen.

Dentro de esta perspectiva los sistemas políticos y sus instrumentaciones en las manifestaciones electorales cobran una dimensión en la cual el "vitalismo de las masas" no es contemplado ya como una manifestación de la soberanía popular, sino entendido ahora en su correlación de clase. La voluntad de elegir que normalmente es concebida como un albedrío casi absoluto, queda reducida a un mero reflejo de intereses de clase. Propone aquí el autor retomar las concepciones tradicionales de Marx sobre "la subsunción formal y de la subsunción real del trabajo al capital" siendo que la primera figura se vincula estrechamente con la coerción político-jurídica en la regulación de la producción y, la segunda, se caracteriza por la coerción en el nivel eminentemente económico. Por esta vía el Estado se configura como un producto histórico mutante y el estudio del poder se proyecta por encima de los formalismos y los tecnicismos electorales.

Federico REYES HEROLÉS

COHEN, Samy, "Les hommes de l'Elysée", *Pouvoirs*, París, núm. 20, 1982, pp. 87-98.

Dentro del sistema de "diarquía desigual" de la V República francesa, los colaboradores del presidente constituyen un elemento importante de la distribución del poder entre el presidente y su primer ministro. En efecto, la información que "los hombres del *Elysée*" proporcionan al jefe del Estado y los estudios e investigaciones que preparan para él, le permiten definir las grandes orientaciones políticas y determinar la acción gubernamental.

¿Existe una "manera Mitterrand" de trabajar en el *Elysée*, de escoger a sus colaboradores, de utilizarlos? ¿Significa la llegada del líder del Partido Socialista (PS) a la presidencia de la República una ruptura con el estilo de sus tres predecesores? La experiencia de los primeros seis

meses del septenio ha demostrado que la pregunta no tiene aún contestación categórica.

El autor se propone examinar tres dominios distintos: 1) el en que *el cambio es radical*: la selección de los colaboradores; 2) el en que *el cambio se integra en la continuidad*: el funcionamiento interno de la presidencia de la República; y, 3) el en que *la continuidad se afirma*: el peso del aparato élíseo en la toma de decisión.

I. LA SELECCIÓN DE LOS COLABORADORES

Al llegar al *Elysée* en enero de 1959, el presidente Ch. de Gaulle —y, a su ejemplo, sus dos sucesores, los presidentes G. Pompidou y V. Giscard d'Estaing— escogió a sus colaboradores entre los altos funcionarios (formados en las instituciones más venerables del país, como el Consejo de Estado y la Corte de Cuentas, o en las grandes escuelas tradicionales que son el *nec plus ultra* de la preparación profesional, como la Escuela Normal Superior, el Instituto de Ciencias Políticas y la Escuela Nacional de Administración), excluyendo decididamente a los líderes políticos y a los intelectuales militantes.

La “manera Mitterrand”, en cambio, es totalmente diferente, y se caracteriza precisamente por un “matiz militante en el *Elysée*”. El núcleo principal del equipo élíseo está integrado por colaboradores íntimos quienes, desde hace años, han trabajado por el presidente del PS y constituyeron su estado mayor durante la campaña electoral de 1981. Su formación es bastante heterogénea y casi todos son miembros del Partido Socialista. Por otra parte, amigos personales del jefe del Estado figuran también entre sus colaboradores, así como dos sindicalistas y unos que otros altos funcionarios. En resumidas palabras, el grupo actual de los hombres del *Elysée* es el más “político” de la V República y, profesionalmente, el más heteróclito; los altos funcionarios representan tan sólo la tercera parte de los efectivos globales, y la edad promedio —45 años— es la más elevada.

La persona que más simboliza el cambio del personal político en el *Elysée* es el secretario general de la presidencia, Pierre Bérégoovoy. Por primera vez en la historia de la V República, el Secretario general no es un alto funcionario consagrado; de origen modesto, este autodidacto es un *self made man*: militante socialista infatigable desde 1946, figura hoy entre los dirigentes más destacados del PS.

II. EL FUNCIONAMIENTO INTERNO

A este nivel, el cambio es menos evidente, pues las estructuras tradi-

cionales subsisten: el secretariado general del *Elysée*, el estado mayor particular y el gabinete. Como antes, las relaciones del presidente con sus colaboradores obedecen a la jerarquía; en efecto, el presidente trabaja regularmente con una minoría de "grandes consejeros" solamente, cuatro por lo general, que son: el secretario general del *Elysée*, el director de gabinete, el consejero especial y el encargado de misión cerca de la presidencia de la República quien —apunta lacónicamente el autor— "se ocupa de las relaciones con los servicios especiales".

1. *El secretario general del Elysée* sigue siendo el personaje central del grupo. Asegura el enlace con los servicios del Primer ministro y recibe los *dossiers* políticos importantes antes de transmitirlos al presidente; prepara el Consejo de ministros, al que asiste, y presencia las entrevistas que celebran regularmente el presidente y el Primer ministro; en fin, miembro del Comité director del PS, el actual secretario general asegura los contactos con el partido y participa en todas sus actividades (congresos, juntas...).

Los colaboradores del secretario forman un grupo numeroso —unas treinta personas—: consejeros especiales encargados de las cuestiones constitucionales y de las relaciones con las asambleas parlamentarias, voceros oficiales, relaciones con la prensa y consejeros técnicos.

2. *El director de gabinete*, asistido por un adjunto, tiene tres misiones principales. Asegura la gestión administrativa y financiera del palacio del *Elysée* y tiene a su cargo la organización de los viajes presidenciales; se ocupa de los "problemas de comunicación", principalmente en lo concerniente al proyecto de reforma del "audiovisual" (o sea la televisión) y a los nombramientos de periodistas en este sector; en fin, con gran discreción, mantiene contacto con el mundo de los negocios (prensa, bancos, grandes grupos industriales, etc...), y está alerta cada vez que un problema financiero puede tener repercusiones a nivel político, como fue el caso, por ejemplo, de las nacionalizaciones y del impuesto sobre el instrumento de trabajo.

3. En materia de organización interna, la innovación la constituye el *consejero especial* que asume dos responsabilidades mayores.

La primera concierne a la "prospectiva", y consiste en una "reflexión a mediano y largo plazo sobre cuestiones de orden interno e internacional". Entre los problemas por estudiar, el consejero especial debe examinar el del futuro de las nuevas tecnologías (satélites, burótica, telemática, etcétera), las implicaciones a largo plazo de la reforma audiovisual, las causas estructurales de la inflación y el de los remedios posibles por aplicarse en un plazo de cinco años.

La segunda responsabilidad importante es la preparación de las gran-

des “cumbres” multilaterales (las de Europa, de los países industrializados y de los encuentros Norte-Sur). Por otra parte, el consejero especial asume la plena responsabilidad de los *dossiers* que prepara, con la ayuda de sus colaboradores.

Ahora bien, aquí es donde surge un problema: las dos misiones del consejero especial, “por naturaleza”, coinciden en parte con las actividades del secretario general del *Elysée* y del director de gabinete, de tal suerte que resulta difícil delimitar claramente sus respectivas competencias. De ahí que ha ido estableciéndose en torno al presidente F. Mitterrand un doble circuito de información que funciona en un clima de competición. El jefe del Estado aprecia este sistema que tiene la ventaja de proporcionarle una información completa, si bien no deja de suscitar tensiones en el círculo de los colaboradores presidenciales. Estas tensiones, sin embargo, no parecen susceptibles de amenazar la cohesión de la actividad gubernamental: por una parte, a “los hombres del presidente” no les compete tomar decisiones, y, por otra parte, esta interferencia no significa la confusión de funciones. En efecto, queda indiscutida la preeminencia del secretario general en el seno del equipo elíseo, así como es reconocida la necesidad de informarlo acerca de todo lo importante, con el fin de evitar disonancias, siempre inoportunas frente a la opinión pública. En realidad, no existe separación ni aislamiento de tareas, sino que se ha instaurado —de grado o por fuerza— una colaboración fructuosa entre el grupo del consejero especial y el secretariado general del *Elysée*.

4. Junto a los cuatro “grandes consejeros”, encontramos al *jefe del estado mayor particular* —siempre un militar de alto rango—, quien figura entre los cinco o seis colaboradores principales del presidente. El jefe del estado mayor es “el hombre de la fuerza de la disuasión”, quien asegura el enlace constante entre el presidente de la República y el estado mayor de los ejércitos y, principalmente, con el Centro Operacional de la Fuerza Aérea Estratégica.

Por último, mencionamos, a dos colaboradores de menor grado: el secretario general adjunto de la presidencia, y el consejero para los asuntos africanos.

III. EL PESO DEL APARATO ELÍSEO EN LA TOMA DE DECISIÓN

¿Forman los hombres del presidente un verdadero “Gobierno *bis*”, como se ha insinuado? Recordemos que desde hace 22 años, desde el presidente Ch. de Gaulle, se ha repetido incansablemente la misma apreciación relativa al papel de los servicios del *Elysée*. Sin embargo, nada

permite pensar que se haya cambiado de República o que el presidente F. Mitterrand haya incrementado sensiblemente el peso de sus colaboradores personales para reducir el de sus ministros. Ciertamente, el secretariado general del *Elysée* es el más numeroso que haya conocido la V República, y no es menos cierto que los efectivos del personal han crecido en un treinta por ciento respecto de lo que eran en el último año del septenio de V. Giscard d'Estaing. Pero estas diferencias son de poco alcance —estima el autor—; los servicios actuales del *Elisée* no pueden compararse con los de Matignon (sede del primer ministro y de sus servicios), y menos aún con los de la Casa Blanca y de su *White House Office* que ocupa a varios centenares de colaboradores.

Ahora como antes, el *Elysée* sigue siendo “un aparato muy ligero, incapaz por sí solo de preparar reformas importantes y de aplicarlas”. Hoy no es más autónomo que ayer. El primer ministro y sus servicios siguen desempeñando el papel primordial en la elaboración y la ejecución de las decisiones importantes. En Francia, los consejeros del presidente no pueden substituir a los miembros del gobierno, cuando, en cambio, los ministros sí pueden frenar eficazmente las opciones presidenciales.

Ello explica que los colaboradores del jefe del Estado aspiran a reforzar su influencia, al reunir una información completa y detallada sobre los asuntos de su incumbencia. Lejos de satisfacerse con los *dossiers* que les transmiten los gabinetes ministeriales, participan constantemente en los comités interministeriales, y celebran numerosas juntas de trabajo con los funcionarios interesados.

En realidad, el peso determinante del presidente en el régimen político francés ha creado cierta interdependencia entre los consejeros y los ministros. Los consejeros necesitan de la cooperación de los miembros del gobierno para poder informar debidamente al presidente, y, por su parte, los ministros saben que es muy oportuno establecer buenas relaciones con los hombres del *Elysée*. Pero, este *modus vivendi* no es nuevo, y no confiere ninguna ventaja decisiva a los consejeros del presidente, frente a los miembros del Gobierno.

En este dominio, convendría substituir *la teoría de los dos pilares a la de los superejecutivos* —estima el autor—. En efecto, para gobernar, el presidente F. Mitterrand, como sus predecesores, se apoya tanto en los miembros del gobierno como en sus colaboradores. Trabaja a menudo con sus ministros; cada semana recibe al primer ministro y a los titulares de los ministerios clave (Interior, Economía y Finanzas y Relaciones Exteriores). El presidente consulta también con otros círculos: amigos personales, escritores, universitarios y hombres políticos, principal-

mente con los responsables del PS. Pero, a diferencia de sus predecesores, el presidente trabaja poco con altos funcionarios.

F. Mitterrand ha declarado que "estaba a gusto" en las instituciones de la V República, y, lógico consigo mismo, no ha modificado en lo esencial el peso de la institución de los consejeros eliseos.

Monique LIONS

HOLLOWAY, John, "El Estado y la lucha cotidiana", *Cuadernos Políticos*, México, núm. 24, abril-junio de 1980, pp. 8-27.

El trabajo de Holloway es una síntesis de dos trabajos anteriores "The Crisis of the State and the Struggle against Bourgeois Forms" y "The State as Class Practice" y parte de la hipótesis fundamental de que los conflictos de clase en la sociedad contemporánea están adquiriendo nuevas formas de expresión en la vida cotidiana que no han sido logradas de manera sistemática. Así el intento explícito del autor consiste precisamente en brindar una sistematización para poder comprender las formas de expresión del conflicto de clases (sobre todo referido a sociedades de capitalismo avanzado) en la vida cotidiana.

Para comenzar, el autor recalca cómo, en los últimos años, el Estado benefactor ha mutado su presencia ante la sociedad. Un dato pareciera ser muestra clara de la idea que el autor tiene en mente; nos referimos a una cita en el sentido de que una cuarta parte de la fuerza de trabajo inglesa es empleada del Estado, lo cual modifica enormemente la relación de clases que supuestamente debería de presentarse en la época contemporánea. Por aquí el autor emprende una seria crítica a los autores de la escuela alemana, en especial a Jürgen Habermas y Klaus Offe, en el sentido de despreciar o subvalorar la instancia económica por dar un predominio excesivo a la instancia política. El autor, al realizar esta crítica y las que le siguen, busca mostrar al lector los diferentes derroteros que, según él, son fallidos para el análisis de las formas de lucha cotidiana de la clase trabajadora.

Su segunda crítica se enfoca hacia lo que Holloway llama "Fetichismo y Fetichización". En este apartado el autor encara ciertos usos del lenguaje oficial de las sociedades de capitalismo avanzado para "desenmascarar" los contenidos de clase que se esconden tras ellos. Se tocan términos como estabilidad e inestabilidad para describir los estados de la economía en un determinado momento y son criticados acremente

por el autor por las implicaciones de "ocultismo" que guardan. En otro apartado el autor entabla una discusión ahora con los autores que han intentado ver el Estado como forma de relación o simplemente como relación en una sociedad determinada. Ello le permite, de nueva cuenta, abordar el problema de enfoque utilizado en los centros de decisión social que, según manifiesta el autor, enmascara la relación de clase subyacente. Las formas legales, los censos, los mismos distritos electorales caen dentro de la crítica presentada por Holloway. Su argumento principal a esta forma de interpretación del fenómeno estatal se sustenta en el contenido económico de una determinada forma de producción que, en ningún momento, puede ser soslayada en su perspectiva.

Es interesante señalar que la extensión de la actividad estatal, analizada en el artículo como extensión del Estado benefactor, pareciera poner en situaciones difíciles el vocabulario manejado por Holloway que, contra lo que dictan los planteamientos de la izquierda tradicional, ve en la extensión de la actividad estatal una amenaza para el proletariado y para la lucha de clases. Gran espacio merece en el artículo de Holloway el estado del fenómeno que él califica como "individuación". El concepto trata de describir aquella tendencia de las sociedades de capitalismo avanzado por presentar a la comunidad los problemas cual si fuesen exclusivamente del ámbito individual. Sin embargo nunca queda claro en el texto cuál sería la alternativa discursiva planteada por el autor para el discurso oficial.

Curiosamente el artículo parte de una hipótesis por demás interesante, clara y de gran actualidad en la Europa contemporánea; definitivamente el estudio de la cotidianeidad en las sociedades de capitalismo avanzado reviste un área casi inexplorada desde la perspectiva politológica. Sin embargo, resulta muy extraño percatarse de cómo, en el desarrollo mismo del trabajo, la hipótesis se pierde y, en general, el texto tiende a obscurecerse sobre todo cuando se abordan los problemas del lenguaje y del discurso en la sociedad contemporánea. Pareciera entonces que el autor no llega a plantear opciones analíticas por dedicar la mayor parte de su esfuerzo a señalar las alternativas que él considera erróneas. El caso no es aislado; cada vez se vuelve más frecuente que las aclaraciones hermenéuticas impidan al autor de un trabajo arribar a la verdadera producción analítica.

LEHR, Volker G., "El sistema político mexicano visto a principios de los años ochenta", *Perspectivas del Sistema Político Mexicano*, México, 1982, pp. 33-39.

El autor, egresado de la Universidad de Bonn en Alemania y actualmente profesor invitado de la Universidad Nacional Autónoma de México, parte de dos premisas fundamentales. La primera consiste en que para la Ciencia Política el caso mexicano cobra especial interés por ser ese país un vocero importante frente al Tercer Mundo, por ser una potencia hegemónica en Centroamérica y del Caribe, por ser además el país más poblado de habla hispana, y por ser uno de los principales países productores de petróleo. Por otro lado, México y su sistema cobran especial interés también por ser producto de la primera revolución del siglo y por ser el sistema autoritario más antiguo. El autor supone que dos de las principales características de ese sistema son un poder ejecutivo extremadamente fuerte y un partido mayoritario indiscutible. Ambos elementos brindan un grado de estabilidad notable en el país. Lehr basa su afirmación en el sentido de que el sistema político mexicano es un sistema autoritario en un trabajo de Juan Linz ("An Authoritarian Rige: Spain", en *Mass Politics: Studies in Political Sociology*. Free Press, Nueva York, 1970), cuyas categorías principales para detectar a los regímenes autoritarios: pluralismo limitado, falta de una ideología cuidadosamente elaborada, bajo movilización política y ejercicio oligárquico o monocrático del poder. Por ahí el autor retoma uno de esos hilos conductores que le parece de especial importancia para el caso mexicano; se refiere al estudio del grado de movilización en los sistemas autoritarios como un parámetro para distinguir los subtipos de autoritarismo. La movilización política en México ha servido al sistema para legitimarse. En buena parte el sistema puede recurrir a tal uso, según dice Lehr, dentro de cierto control. Tal característica distingue al sistema mexicano de casos de autoritarismo mucho más extremosos. Lehr pasa entonces a estudiar brevemente las características de la movilización campesina y obrera a través del partido mayoritario, del sector empresarial a través de las cámaras de comercio e industria para terminar afirmando que una de las características de la movilización en México es sin duda el carácter corporativo. Por ahí el autor presenta algunas de las características de la figura presidencial en México en tanto que es jefe de Estado, jefe de gobierno y jefe de partido y describe brevemente las posibilidades de actuación política del mismo. Especial importancia concede Lehr al hecho de que el sistema permita un amplio margen de manejo ideológico al presidente de la República lo cual

facilita el uso de diferentes símbolos nacionales y concluye: "El régimen mexicano no se ha basado nunca en una ideología elaborada." Por otro lado, el sustento ideológico del régimen mexicano nunca ha recurrido a criterios como por ejemplo el de la Seguridad Nacional o el de la exclusión de inicio de los movimientos de oposición. Esto resulta, para el autor, fundamental para distinguir al sistema mexicano de otros sistemas autoritarios. De ahí el autor pasa a una breve descripción de la vida de los partidos políticos en el país y su injerencia en el Legislativo que le permiten al sistema una demostración de tolerancia ideológica, tanto al exterior como al interior, así como la búsqueda de decisiones a partir de la observación de las reacciones en la opinión pública. Todo ello es calificado por Lehr como un carácter "auscultativo" del autoritarismo mexicano. Se pasa entonces a una breve reseña de cómo han evolucionado las legislaciones electorales en el país para concluir que se trata de una doble pretensión por parte del sistema. Por un lado, dice Lehr, se busca cooperar y por el otro, restringir la participación. A pesar de un amplio espectro en el Legislativo, para Lehr, las elecciones en México siguen siendo "elections without choice" (elecciones sin selección) dado que no existe la posibilidad de un cambio en el poder. Así mismo el autor critica la contradicción de que cerca de 10 millones de habitantes del Distrito Federal carezcan legalmente de la posibilidad de elegir a su gobernante inmediato. Todas estas características llevan a Lehr a concluir, en coincidencia con Linz, que el caso mexicano es un caso de autoritarismo atípico pues se trata de un "régimen autoritario modernizante". Por último se analiza la curiosa inversión de la tesis de Daniel Lerner en el sentido de que la participación política es creciente conforme se modernizan las sociedades, pues, en el caso mexicano sucede exactamente lo contrario: son los sectores tradicionales los que mayor participación política expresan, fenómeno que explica el autor por las características de conformación del partido mayoritario. Para él es ahí donde radican las posibilidades futuras del régimen para continuar con su actividad de apertura-restricción en la participación política.

Federico REYES HEROLES

OFFE, Claus, "Las contradicciones de la democracia capitalista", *Cuadernos Políticos*, México, núm. 34, octubre-diciembre de 1982. pp. 8-22.

El trabajo presentado por Offe es el resultado de una versión corregida y aumentada de su ponencia en el XII Congreso Internacional de Ciencia Política de Río de Janeiro en agosto de 1982. Básicamente el autor lo que intenta es mostrar al lector las características que está adoptando en las sociedades de capitalismo avanzado o tardío la contradicción en el siglo XIX entre el desarrollo capitalista y la democracia de masas. Offe sostiene que la tesis tradicional de Mill y Tocqueville por un lado, y Marx por el otro, en el sentido de que la convivencia de masas y capitalismo era incompatible, resulta fácilmente refutable hoy en día. Para ello el autor propone cuatro factores a ser analizados de manera separada y en conjunto, a saber: el modo de participación democrática de las masas, el modo de dirección económica, los factores que mantienen la estabilidad y los factores que paralizan la estabilidad. Se parte entonces de la premisa de que existe una natural tensión entre la producción capitalista moderna y la participación política de las masas incluyendo como agente principal de la contradicción al proletariado directo.

El primer apartado del artículo presenta al lector lo que el autor denomina la "Mercadización de la política y la politización de la economía privada". Resulta especialmente interesante su planteamiento sobre la contradicción en el largo plazo de la política de los partidos de masas, quienes en su intento por conseguir un electorado de mayor amplitud, resbalan frecuentemente en estrategias de mercadotecnia que los llevan a perder cualquier congruencia en su proyecto. La "competencia" por los diferentes mercados políticos es *mercadización* de la política. Por otro lado el autor hace referencia al fenómeno *politización de la economía privada*, concepto con el cual se trata de explicar las formas adoptadas en ciertas negociaciones entre el capital, el Estado y los partidos de masas que tienen como característica general, el que cualquier área de negociación estrictamente económica tienda a politizarse.

El segundo apartado del artículo hace referencia a los problemas de la democracia interna de los partidos políticos y las diferentes desviaciones que sufren estas organizaciones. Los planteamientos presentados por Offe se sustentan en las tradicionales tesis de Max Weber sobre la clase política, de Robert Michels sobre "la ley de hierro de la oligarquía", y de Rosa de Luxemburgo sobre el oportunismo de los dirigentes proletarios y de clase en general. Offe realiza por esta vía una seria crítica a los manejos de los partidos políticos contemporáneos que, en pocas palabras, suponen, "la desactivación de los miembros de base". Se llega por este camino al tercer apartado del artículo que

se refiere a la decadencia del sistema de partidos políticos como medios de participación de las masas. Aquí el autor señala los múltiples movimientos extrapartidas surgidos en las décadas recientes que aglutinan grandes sectores sociales alrededor de concepciones aparentemente no concebidas por los partidos políticos tradicionales. Tal es el caso de los diversos movimientos étnicos y regionalistas, urbanos, ecologistas, feministas, pacifistas y de la juventud, entre otros. Importante es el señalamiento del autor en el sentido de que, paradójicamente, en ocasiones lo que se requiere al Estado no es su intervención sino, por el contrario, su abstención. Como consecuencia directa de esta variante de manifestación política se produce una "desparlamentación" de la política y la búsqueda de formas alternativas de expresión que sean mayormente funcionales.

Offe continúa con un análisis de los derroteros que está cruzando el estado de bienestar tradicional keynesiano al cual condena a desaparecer. Sus razones fundamentales para tal juicio son, en primer lugar, haber demostrado su incapacidad para corregir algunas de las tensiones producto de las relaciones de clase. En segundo lugar el encarecimiento excesivo en los costos de operación del Estado benefactor tradicional que, por vía impositiva, transmite sus costos, en alguna medida, al capital. Offe encierra dicha problemática en dos expresiones "producción-explotación" y "demanda-realización". Ambos tienen una de sus manifestaciones más claras en el grado de endeudamiento que se está viviendo en los Estados nacionales de capitalismo avanzado como producto de, por ejemplo, programas tendentes a mantener la planta de empleo durante los periodos de recesión o los programas de auxilio social o el control de las consecuencias de la actividad económica. (Contaminación por ejemplo).

"La sociedad Keynesiana es víctima de su éxito" dice Offe en un intento por sintetizar la crisis del Estado benefactor y continúa "la sociedad de bienestar keynesiana implica la consecuencia no pretendida pero innegable de socavar tanto los incentivos para invertir, como los incentivos para trabajar" y, para finalizar, en sus conclusiones afirma que, en dicho Estado, se pierden las razones económicas destruyéndose así uno de los parámetros insalvables de la sociedad capitalista.

El artículo de Claus Offe es sin duda sugerente en muchos aspectos. Quizá en algunos momentos, sin quererlo, guarde una perspectiva catastrófica que la realidad histórica contemporánea difícilmente sostiene; sin embargo ello no resta méritos a su capacidad interpretativa.

RIDEAU, Bernard, "L'énigme Giscard", *Pouvoirs*, París, núm. 20, 1982, pp. 29-36.

En Francia, no han faltado periodistas, especialistas de sondeos de opinión y hasta líderes políticos para proponer múltiples explicaciones de la derrota del presidente saliente, Valéry Giscard d'Estaing, en el torneo electoral de abril-mayo de 1981. En substancia, se sostenía que el tercer presidente de la V República no podía sino perder frente al candidato socialista François Mitterrand, porque así lo tenía dispuesto el *fatum*.

Frente a esta explicación simplista y errónea, el autor, después de examinar los componentes de la elección presidencial y de estudiar los factores anteriores y posteriores al veredicto del 10 de mayo, formula la siguiente hipótesis: el presidente saliente estaba en condiciones de ganar "mecánicamente", pero, por razones "estructurales", le hubiere sido difícil conservar el poder.

I. LOS ERRORES MECÁNICOS

Estos errores son en apariencia numerosos y variados. Sin embargo, ¿eran inevitables?

1. *¿Podía V.G.E. presentarse como el candidato del cambio?* No lo podía, en la medida en que se discutía ásperamente el balance del septenio. Los nueve competidores del presidente saliente no han dejado de desacreditar su obra, denunciada como mediocre y muy por abajo de las esperanzas más legítimas. A falta de suscitar un amplio *satisfecit* en la opinión, V.G.E., se hubiere arriesgado mucho en afirmar que deploraba sus errores y que estaba dispuesto a remediarlos; en realidad, el presidente estimaba que su política de los últimos años había sido correcta, y, de ser reelegido, se proponía conservar sus ejes fundamentales. Además, otro elemento contribuyó en reforzar esta actitud; en efecto, todos los estudios de opinión realizados en el país, tanto por su propio equipo como por los estados mayores de los demás candidatos, convergían hacia la misma conclusión: los franceses aspiraban a un cambio de personas, mucho más que a un cambio radical de las estructuras sociales. Por esta misma razón, los candidatos socialistas y comunistas cuidaron de moderar su tono ideológico, al poner sordina a sus impulsos "revolucionarios" y al desarrollar temas relativamente centristas.

2. *¿Podía promover el presidente saliente una campaña "de ensueño"?* Frente a las ásperas realidades de una época sumamente difícil, el tán-

dem Giscard-Barre (Primer ministro) se ha esforzado en administrar una crisis incontrolable e interminable, y tenía que seguir afirmando un modelo de comportamiento riguroso, muy poco popular. El presidente saliente no podía anunciar una política diferente de la que había llevado, pues ello hubiere equivalido a repudiar sus convicciones o a disfrazar sus verdaderas intenciones. Como no podía prometer lo que Mitterrand prometió, Giscard se impuso una misión esencialmente antielectoral: hablar razonablemente a la opinión pública que tendía a refugiarse en lo irrealizable y lo imaginario.

3. *¿Podía remediar o neutralizar el presidente los ecos de los llamados "escándalos"?* Por "escándalos", es preciso entender el asunto de "los diamantes centroafricanos", los abusos familiares, el suicidio de un ministro, el asesinato de un alto funcionario, etcétera. Sin embargo, los franceses no cayeron en la trampa; pues, estos ataques personales contra el jefe del Estado empezaron a desencadenarse a los pocos días del éxito de la mayoría chiraco-giscardiana en las elecciones legislativas de marzo de 1978, tres años antes de que terminara el mandato del presidente. En efecto, varios meses después de que V.G.E. haya dejado el *Elysée*, estudios llevados por institutos especializados y publicados por órganos de prensa poco susceptibles de indulgencia, han revelado que la opinión pública estimaba que el antiguo mandatario era tan "honrado" y "sincero" como su sucesor. Pero, sin duda alguna, el factor "escándalos" ha contribuido a alterar la imagen del jefe del Estado, en la medida en que la oposición ha explotado el tema para acreditar la idea de que, después de todo, el presidente en ejercicio no era muy diferente del común de las gentes.

4. *¿Podía demostrar el presidente saliente que F. Mitterrand era un "mal" candidato?* No lo podía, puesto que el líder del Partido socialista llevó magistralmente su campaña, conjugando la prudencia con la oportunidad. Personalidad política "usada" (fue candidato sin éxito a las elecciones presidenciales de 1965 y 1974) pero prudente, F. Mitterrand se dejó ver lo menos posible. Oportuno, precavido, supo substituir la imagen del "político arcaico" por la de un "personaje de seducción" que suscita simpatías y adhesiones; en efecto, uno de los momentos clave de la campaña fue el *Face-à-face* (Cara a cara) televisado de 5 de mayo: frente al presidente saliente, el candidato socialista volteó hábilmente la situación en su favor y se convirtió en la *vedette* del espectáculo, ganando así una partida decisiva del juego electoral.

Sin embargo, pese a los errores "mecánicos" que acabamos de señalar —destaca el autor—, V.G.E. *podía* suscitar y reunir el millón de sufragios que le hizo falta en el segundo escrutinio del 10 de mayo. Pero

—prosigue—, al parecer, una campaña diferente, con tácticas bastante extrañas al temperamento del presidente saliente, y habida cuenta de las mutaciones que iban confirmándose en el cuerpo electoral, era susceptible de generar un fracaso mucho más temible, comparable al que la mayoría parlamentaria fue incapaz de evitar con las elecciones legislativas, unas semanas más tarde.

II. LAS MUTACIONES ESTRUCTURALES

Los resultados de las legislativas de junio de 1981 han sido reveladoras: pusieron a plena luz, en los remolinos de la psicología colectiva, la formidable marejada del *ras-le-bol* (la franca exasperación) y el deseo profundo y general de un cambio de política y de personas. Sin embargo, la derrota de V.G.E. debe examinarse en un contexto más amplio, para poder analizar su verdadera significación.

1. *¿Podía convencer a los franceses el presidente saliente?* Sin duda alguna, a lo largo del septenio, el presidente, su gobierno y sus colaboradores han demostrado que eran dirigentes muy competentes, capaces y hábiles, y que su política era acertada. Pero, frente a la interminable crisis económica que sacude al planeta, frente a la serie de choques petroleros que han trastornado al mundo y que, a cada momento, amenazan con nuevos estallidos, frente al futuro incierto de numerosos sectores de la industria, frente, en fin al gran aumento del desempleo, los poderes públicos en Francia han actuado con demasiada frialdad. Al menos, tal era el sentimiento que iba cristalizando en la opinión pública, cada día más sensibilizada por el altanero estilo de gobernar del jefe del Estado —clasificado como “frío tecnócrata”—. En estas condiciones, al transcurrir los meses, no es de extrañar que la idea de una posible reelección del presidente en ejercicio haya despertado poco entusiasmo en un sector importante del cuerpo electoral, cuando no suscitaba críticas severas o rechazos rotundos. Así es como puede decirse que a fines de 1979 fue cuando V.G.E. empezó a perder la elección presidencial de 1981.

2. *¿Podía V.G.E. cambiar a los franceses?* Por una parte —apunta el autor—, “las aspiraciones y las esperanzas de los franceses, ondeantes y fluidas, a menudo contradictorias, eran condicionadas ante todo por factores psicológicos inestables”. Por otra parte, cabe subrayar las transmutaciones del cuerpo social que han remodelado “el espacio demográfico y socioprofesional” (personas de edad y jóvenes numerosos, menos comerciantes y menos agricultores, y más personas asalariadas), mientras que la elevación del nivel de vida modificaba los comportamientos y las mentalidades.

Frente a este nuevo panorama, y a pesar de todo, de haberse celebrado la elección presidencial entre abril de 1978 y agosto de 1980, es probable que el presidente saliente hubiese ganado —estima el autor—. ¿Qué sucedió después del mes de agosto? ¿Qué fue lo que abrió el camino del éxito a F. Mitterrand? Fue una crisis de confianza, *única y singular* en los anales de Francia, la llamada crisis del “otoño negro” de 1980, en la que un país, hundido en el escepticismo, derivó hacia la depresión y se refugió en lo imaginario y el surrealismo. Sin embargo, fenómeno sorprendente, mientras que iba naufragando la popularidad de V.G.E., las intenciones de voto en su favor se mantenían a un alto nivel. Fue tiempo después, hasta marzo de 1981, cuando los pronósticos relativos a la elección y a sus resultados pusieron de manifiesto que la tendencia se había invertido; en efecto, las curvas de popularidad del presidente saliente dibujaban el perfil más desfavorable: un pronóstico positivo, pero con una muy sensible disminución de las intenciones de voto. Entonces fue cuando las miradas convergieron hacia F. Mitterrand, pronto identificado como el “buen” candidato.

3. *¿Podía V.G.E. conservar el poder?* En la hipótesis de que el mandato del presidente saliente no hubiese terminado en mayo de 1981 sino más tarde, ¿qué hubiere sucedido? ¿Cómo podía contenerse la referida crisis de confianza? ¿Era posible superarla? De ser reelegido V.G.E., es probable que se hubiere aplazado el momento del estallido, pero lo inevitable tenía que acontecer. Puede estimarse que el divorcio entre el poder y la opinión hubiere provocado una “desestabilización” del régimen, más o menos violenta.

CONCLUSIÓN

Hoy en día pues, Francia está gobernada por la izquierda —si bien sus dirigentes, *velis nolis*, resisten la tentación de creer que el país es socialista. No lo es —destaca el autor—. Y sería muy peligroso pensar que la opinión pública está cristalizando definitivamente, cuando se multiplican sus mutaciones y se suceden sus fases ciclótomicas. Disipada la euforia poselectoral que suscitó el triunfo del Partido socialista, las realidades siguen siendo las mismas: el desempleo se extiende y la inflación galopa —dos barómetros mayores que son tan psicológicos como económicos—. Y concluye el autor, severo: “Querer cambiar la sociedad para hacer soportable lo insoportable, ¿no es un terrible error?”

Ross, Stanley, "Los Profetas de la Ruina, los analistas de la crisis y la estabilidad política mexicana", *Perspectivas del sistema político mexicano*, México, 1982, pp. 17-26.

El artículo del maestro Ross de hecho es una refutación a las argumentaciones pesimistas sobre el futuro del sistema político mexicano. El trabajo cuenta con información tanto bibliográfica y hemerográfica reciente que le permite conocer el estado de ánimo existente entre algunos sectores académicos y que él considera excesivamente pesimistas pues, en buena parte, no contemplan los elementos de estabilidad tradicionales del sistema. Así el artículo presenta primeramente al lector las principales argumentaciones que sostienen la tesis de un desgaste acelerado y creciente del llamado sistema. Posteriormente el autor retoma la discusión con una breve descripción histórica de los principales movimientos opositoristas desde el asesinato de Alvaro Obregón hasta el movimiento estudiantil del 68, para concluir que ninguno de ellos en verdad ha podido cuestionar la existencia del sistema. En esta parte del trabajo el autor es por demás sintético, lo cual lleva a perder muchos de los matices y diferencias entre los movimientos analizados. Posteriormente Ross brinda al lector los que él considera principales elementos estabilizadores del sistema, tales como la existencia de un grupo gobernante fuertemente cohesionado, la disciplina política del partido mayoritario, la adaptabilidad programática del sistema, la prolongada expansión de economía del país así como sus recursos naturales. El profesor Ross pasa entonces a describir al lector en qué consiste la crisis económica por la que atraviesa el país sustentando su argumentación en la creciente deuda externa, la pérdida de capital por fuga del mismo, la caída en la entrada de divisas, la muy inequitativa distribución del ingreso y la explosión demográfica. Por desgracia en este tramo de la argumentación el autor mezcla elementos estructurales con elementos coyunturales lo cual termina por generar cierta confusión. El artículo continúa con el rescate de los factores que, a criterio del autor, pueden ayudar a retomar la expansión económica del país. Por ejemplo se dice: "El éxito de equilibrar los distintos intereses y presiones de tales grupos (se refiere a organizaciones obreras y campesinas) es uno de los principales ingredientes de la estabilidad política. . ." Lo mismo corre para la manutención del liderato o la mejoría en la preparación de los cuadros gobernantes que, según Ross, no conduce en ningún momento a un enfrentamiento entre cuadros políticos y técnicos. "De esta manera, dice Ross, México ha podido canalizar las energías desencadenadas por la Revolución hacia formas institucionales que han fomentado la estabilidad

política y el crecimiento económico. La revolución sigue siendo la base de la legitimación política." El autor señala también la fuerza de la institución presidencial, el principio de no reelección, así como la rotación de los cuadros gobernantes como elementos que brindan estabilidad al país.

Quizá uno de los factores señalados con mayor énfasis por el autor sea el concerniente a la apertura política que, según se afirma, permite al sistema la permeabilidad necesaria para impedir que se consoliden grupos opositores de verdadera fuerza. Lo mismo corre en la argumentación de Ross para la libertad de prensa existente en el país que, aunque dirigida por medio de los precios del papel entre otros vehículos, es sin duda una vía de desfogue del sistema. Con respecto a la Iglesia el autor afirma que la estabilidad política ha sido reforzada por la debilidad de aquélla en México.

Para finalizar el autor demanda de su país (E.U.A.), una mayor comprensión hacia los problemas de México e incluso termina por sugerirle una posible ayuda que facilite la recuperación económica de México que, indirectamente, beneficiaría a los Estados Unidos de Norteamérica. El artículo de Ross, como otros trabajos suyos, quizá no presente concepciones novedosas para un lector informado dentro del país, sin embargo resulta loable la exactitud de algunas de sus observaciones si se contempla a México desde el exterior.

Federico REYES HEROLES

ROXBOROUGH, Ian, "Perspectivas del sistema político mexicano", *Perspectivas del sistema político mexicano*, México, 1982, pp. 91-96.

El artículo del autor se centra en una variante: la inflación. Se propone entonces realizar un breve recorrido por las posibles consecuencias del proceso inflacionario en la realidad política mexicana, en el supuesto de que se trata de un elemento que nunca antes había cobrado las dimensiones actuales. Para comenzar el autor recalca de manera muy somera cómo las reacciones frente al fenómeno inflacionario son por demás desiguales, dependiendo del tipo de organización social que respalde las demandas de cada sector o clase. Por ello mismo el autor supone que la distribución del ingreso en México, una de las más inequitativas del mundo, probablemente sufra un agravamiento en el futuro inmediato. El mediano y gran empresario podrán transmitir primero

las consecuencias de una inflación galopante que el pequeño; al igual ocurre entre los sectores medios agremiados y los no agremiados y, por supuesto, el campesinado.

De ahí el autor pasa a destacar como uno de los factores que mayor tranquilidad política habían brindado al sistema político mexicano, el hecho de que los salarios reales aumentasen, por poco que ello fuese, hasta 1976, mismo que pareciera estar desapareciendo. Los fenómenos de movilidad social que venían aparejados al crecimiento económico tenderán también a desaparecer con lo cual la irritación sobre las diferencias en los niveles de ingreso tendrán un agravante en la irritación por la diferencia entre los géneros de vida.

Por ello el autor considera que uno de los elementos tradicionales del sistema político mexicano, su control sobre el sector obrero, sufrirá o mejor dicho deberá sufrir serios cambios en el futuro inmediato. Por ejemplo el autor se plantea la imposibilidad por parte de los líderes sindicales de ofrecer un incremento real en la capacidad adquisitiva. El autor desarrolla aquí brevemente cuáles han sido las manifestaciones del sector obrero organizado frente a la inflación. Se analiza en el artículo el papel de los topes salariales del Congreso del Trabajo y se muestra cómo es este control sobre el sector obrero el que a la vez puede garantizar que México supere la crisis por la que atraviesa. La naturaleza del sindicalismo oficial necesariamente deberá modificarse para lograr mantener su liderazgo.

Roxborough pasa entonces a estudiar las posibilidades de un incremento y desarrollo de los caracteres autoritarios en el sistema político mexicano. Según el autor dichos rasgos de autoritarismo tienen sus principales manifestaciones en: *a)* un poder presidencial centralizado *b)* el monopartidismo; *c)* la relación entre el presidente de la República y el partido mayoritario, y *d)* la organización corporativa de la sociedad civil. Se menciona en el artículo la inclinación de algunos analistas por creer que en los próximos años el sistema incrementará sus rasgos autoritarios para así poder hacer frente a la crisis. Ello lleva a Roxborough a su planteamiento final que consiste en estudiar la posibilidad de cambio y apertura del sistema. Para el autor se plantea la disyuntiva de ver fortalecido el autoritarismo o fortalecer la democracia representativa en México.

Inclinado por la segunda, Roxborough presenta al lector lo que él considera el principal problema para lograrlo: el reclutamiento para el grupo gobernante. Este problema consiste en que la evolución económica y social del país lleva presuponer el incremento notable de la politización en los sectores medios y nueva clase obrera y que, difícil-

mente, aceptarán los mecanismos de reclutamiento populista o corporativo que ha usado el sistema político mexicano. Con ello el autor toca uno de los puntos que mayor expectación causaron y han causado en los últimos años. El primero, como demanda de los nuevos sectores obreros, se refiere a la eliminación de los manejos políticos del área sindical y el segundo a la forma de capturar o captar políticamente hablando a los sectores medios. La cuestión presentada por Roxborough sigue en el debate.

Federico REYES HEROLES

Scott, Robert T., "Necesidades de Actualizar el Sistema Político Mexicano", *Perspectivas del Sistema Político Mexicano*, México, 1982, pp. 49-52.

El autor, miembro de la Universidad de Illinois, parte del supuesto de que, en los últimos años, se han visto ciertos síndromes que indican alguna dificultad en el sistema político mexicano. Ejemplos de tales manifestaciones serían los disturbios estudiantiles de 1968, las invasiones de predios rurales en 1976, las llamadas "huelgas de los tractores", los conflictos laborales, así como el abstencionismo. Todo ello, según manifiesta Scott, "tiene su raíz en la rigidez de las operaciones, tanto de las estructuras informales como de los organismos gubernamentales formales dentro del sistema". Conviene aclarar que el autor no define las categorías utilizadas por lo cual el lindero que separa a unas de otras resulta poco claro. Sin embargo afirma que ambas, las formales y las informales, han cumplido la función en un pasado de integración y conjunción política, "es decir, la relación y unión de los diferentes intereses (no viejos y nuevos) que crean demandas al gobierno cuyo equilibrio establece una competencia entre dichos intereses dentro de algún sistema general de prioridades relativas, basadas en una táctica acorde con el desarrollo". De ahí se desprende la tesis fundamental del artículo que se fundamenta en la no actualización de esa función de conjunción e integración política. Curiosamente afirma el autor que son los nuevos sectores sociales, es decir las demandas producto del cambio social provocado por el propio sistema, las que no están recibiendo una respuesta integradora lo suficientemente capaz.

El principal agente para cumplir las mencionadas funciones es y ha sido el partido mayoritario el cual, según el planteamiento de Scott, a pesar de las múltiples reformas que han sido operadas sobre él, no está

lo suficientemente actualizado como para poder dejar la estructura tradicional de captación política en la cual se ha sostenido. Los principales lastres en este sentido son un liderazgo tradicional y personalizado que impide al partido mayoritario captar nuevos sectores sociales que no están aglutinados alrededor de las centrales campesinas y obreras existentes. Dentro de esta perspectiva pareciera que el mayoritario no ha podido desprenderse de la visión de "súbditos" sobre sus miembros lo cual lo lleva a que la "participación política no se vea (vea) en la acción ciudadana individual, sino por medio de organizaciones encabezadas por líderes personalistas". Además, agrega el autor, se da la existencia o mejor dicho la ampliación en la existencia de una conciencia política que encierra el reclamo de una mayor participación en las decisiones que afectan la vida cotidiana de la ciudadanía. Los líderes tradicionales, como reacción, parecieran ver en una posible apertura a la captación de la ciudadanía en lo general una amenaza a los mecanismos tradicionales de reclutamiento.

Ahora bien, después de analizar el papel del partido el autor afirma que los mecanismos para realizar "políticas auxiliares" tampoco han sido accionados. Queda aquí también la incógnita al lector de a qué tipo de mecanismos se refiere el autor. Posteriormente se estudia en el artículo el papel del Jefe del Ejecutivo Federal como el agente principal de las nuevas negociaciones políticas del sistema mexicano. Esto resulta para Scott un gravísimo error pues liquida, indirectamente, la posible vida partidista y legislativa, lo cual conlleva a una pérdida en la clientela política del partido mayoritario.

El artículo de Scott sin duda plantea algunos de los aspectos que se señalan frecuentemente como principales causantes del deterioro del sistema político mexicano. El escaso juego del Poder Legislativo, el predominio de la figura presidencial o el hecho de que el partido mayoritario no pueda captar las demandas de ciertos nuevos sectores sociales son temas que han sido tratados con gran amplitud en la ciencia política nacional. La cuestión de mayor interés del artículo que hubiera podido ser plantear el establecimiento de esas "políticas auxiliares" queda simplemente insinuada.

Federico REYES HEROLES